

Septiembre este cañón era el terror del pueblo parisién; seguramente se hubieran desarrollado escenas pavorosas de terror, de pánico. Se decretó la pena de muerte para quien hiciera uso del cañón indicado. Los exaltados del Obispado escucharon con recelo estas opiniones. La Comuna, sin embargo, acordó también en esto que se prestara obediencia á la ley; Chaumette ordenó que callaran las campanas de la torre del Hotel de Ville, que sin permiso volteaban en son de alarma.

Durante todo el día la Comuna fué de un lado para otro; tan pronto estuvo con los furiosos como con los moderados. El comité revolucionario (en su mayor parte maratista) y el consejo general (casi enteramente jacobino) comunicaron órdenes contradictorias. Los primeros decían: «¡Disparad!» y los otros: «¡No disparéis!» La sección de Pont-Neuf donde estaba el famoso cañón no quería reconocer las órdenes del nuevo comandante ni permitir que se disparase el arma. Resistió más de una hora y aun se hubiese resistido más si la Convención no hubiese prestado algún apoyo.

La nueva autoridad en desacuerdo consigo misma, no logró entenderse más que en dos puntos: exigir el juramento á todos los funcionarios públicos y crear una fuerza armada. *Los patriotas armados tendrán cuarenta sueldos de paga diarios.* ¿Qué aplicación se dará á esta fuerza? Nada se decía.

Por lo demás, tanto unos como otros se convencieron de que en la Comuna no podía decidirse absolutamente nada. Los exaltados dirigíanse á los arrabales; los moderados á los Jacobinos.

¿Qué hacía la Convención? Nada.

Por la mañana su ministro Garat, pálido, tembloroso explicó que mientras la Asamblea dormía, el poder cambiaba de manos. Pache dijo poco más ó menos lo mismo, pero sin revelar nada su semblante frío, inexpresivo como el de un suizo. La insurrección, negada por él en todas ocasiones, fué confesada finalmente. Una vez efectuada esta evolución Pache regresó á la Comuna.

Garat y Pache dijeron lo mismo: «Que la causa de la insurrección era el restablecimiento de la Comisión de los Doce.»

¿Se anulará la Comisión? ¿Se castigará á Henriot que con menosprecio de la ley hizo disparar el cañón de alarma? Estos son los puntos de discusión.

«Es necesario—dijo Vergniaud—que la Convención demuestre que es libre. Hoy no es necesario que disuelva á la Comisión de los Doce, si no que averigüe quién es el que disparó el cañón. Si ocurre una batalla, cualquiera que sea su resultado perjudicará á la República. ¡Juremos morir en nuestros puestos!»

La Asamblea en masa prestó juramento.

En este momento se oyó el cañón de alarma. Los exaltados se decidieron finalmente á dispararlo. Obra suya era aquello.

La audaz violación de la ley, este signo de desprecio á la Asam-

blea, podía naturalmente conducir á esta á tomar medidas extremas. Esta situación dificultaba la respuesta de Danton á Vergniaud, que hubo de ser moderada á pesar de los propósitos del primero, para contener á la Asamblea, y después violentísima para satisfacer á las tribunas que escuchaban anhelantes su vibrante palabra. A las tribunas prodigó párrafos elocuentes y viriles, pero en general Danton fué mesurado, prudente, político, declarando que nada podía prejuzgar en un sentido ni en otro, pidiendo no el proceso de la Comisión de los Doce, sino que fuera suprimida la Comisión, por medida de utilidad pública: «Esta Comisión—dijo—cometió la torpeza de atacar á quienes condenaban el *moderantismo* y precisamente este moderantismo debe ser causa de desaparición de los Doce para que se salve la República. Debemos hacer justicia al pueblo. Si París no ha pretendido otra cosa que advertir al pueblo, á los grandes patriotas de peligros próximos é inesperados, París merecerá una vez bien de la patria. Si algunos hombres pretenden prolongar el movimiento, cuando este no sea útil entonces París mismo se encargará de retenerlos.»

«Sin embargo, decía la Gironda, antes de suprimir los Doce debía leerse su informe. Roland estaba en la tribuna dispuesto á leer su informe cuando le autorizara á ello la Convención, pero siempre impedían este trabajo los gritos, transcurriendo así las horas. «Tenéis miedo de oirme, decía él á la Montaña. Vosotros nos acusáis. ¿Y por qué? Por que sabéis que vamos á acusaros.»

El inconveniente para la Montaña era que esta situación iba á prolongarse indefinidamente. La insurrección no aparecía. La Comuna, dividida, no podía resolver nada. Transcurría la jornada. En las últimas horas de la mañana, llega una comisión del consejo general: «Se ha descubierto un complot; los comisarios de las cuarenta y ocho secciones bajarán para capturar á los autores. El consejo general nos envía para que comuniquemos las medidas votadas en la Convención, etc.» Hablaban de la Asamblea como á un poder inferior. Guadet dijo bizarramente: «Se os habla de un complot para decirnos que ha sido descubierto, no que ha sido sofocado y castigado. La Convención debe decretar, pues, y no deliberará más que sobre una cuestión: la de su propia libertad.»

Después llega otra comisión de la alcaldía, diputación pacífica que desmiente las afirmaciones de la anterior. El municipio no desea otra cosa que aproximarse á la Convención, establecer una correspondencia directa con ella, pidiendo finalmente un sitio para sus comisarios cerca de la Convención.

¿Qué había pasado para seguir esta prudente conducta?

En realidad nada pasaba, todo estaba tranquilo y por lo mismo la Comuna, viéndose impotente para el motín, se aproximó á la Convención.

La voz de somatén tocada desde todos los campanarios, el terrible estruendo del cañón eran como un prefacio solemne de la tragedia, pero



en honor á la verdad ha de decirse que aun no ocurría nada. La gente estaba acostumbrada á toda clase de rumores. Reinaba un tiempo precioso: el verano estaba en su esplendor.

Las mujeres se asomaban *para ver pasar la insurrección*, pero esta no pasaba.

La sección de Bonconseil y otras lograron sofocar el llamamiento. El Obispado había, de buena mañana, distribuido entre los suyos las armas que tenía en el Hotel de Ville, pero esta era una fuerza imperceptible en el Océano de París. Pequeños grupos armados se agitaban en las calles movidos por los más exaltados. Leonard Bourdon, por ejemplo, que cobraba una pensión, armó de fusiles prestados por su sección á seis hombres de su domicilio. Débiles movimientos, pequeñas fuerzas aisladas. Protesta individual impotente.

A las dos y media el consejo hizo callar al somatén que era ridículo, pues nadie hacía caso; la insurrección no parecía. El consejo recibió á una comisión de los Jacobinos. Estos, considerándose herederos de la difunta insurrección, reanudan su campaña de la insurrección moral, declarando á la Comuna que una Asamblea de comisarios de secciones organizadas en los Jacobinos de acuerdo con las autoridades y el departamento *había creado un Comité de Salud pública para adoptar cuantas medidas creyese necesarias, medidas que las cuarenta y ocho secciones de París se encargarían de ejecutar.* «Es este comité quien os habla, dijo la comisión á la Comuna, y viene á tomar asiento entre vosotros.»

El Obispado hubiera querido de buena gana ser el dueño absoluto de la Comuna. Por la mañana, creyéndose fuerte, lanzó á la publicidad una proclama pidiendo al pueblo de París que no obedeciera más que al *consejo general ó al comité revolucionario*, reunidos en el Hotel de Ville. Se pedía la desobediencia al departamento á los delegados de la Asamblea de los Jacobinos. Pero como llegara á las dos y media de la tarde sin tomarse en concreto ningún acuerdo, los hombres del Obispado acudieron á la división del poder del departamento de París y la autoridad jacobina.

Circunstancias tan anormales explican el discurso de Couthon. *Ni de Marat, ni de Brissot.* Pertenece á su conciencia. Nadie había tan aficionado como Couthon á las interrupciones desde las tribunas: «Se habla de insurrección pero ¿dónde está? «Couthon dulcemente llegó hasta imaginar que quienes presentían la amenaza de la insurrección habían vivido en grande error.

«Suprimamos los Doce, unámonos y se habrá salvado la libertad.»

«Si, unámonos, dijo Vergniaud. Yo estoy muy lejos de acusar al pueblo de París. Es suficiente ver el orden y la calma con que obraba en todos los actos para decretar, afirmar que París merece el reconocimiento de la patria.»

La Montaña se apoderó de estas palabras y decretó que París merecía bien de la patria.

La derecha avanza; un diputado pide que se averigüe quienes son los que han tocado la campana y disparado el cañón.

Llegan varias diputaciones para desautorizar el motín.



Iba á morir la gente sin saber aun dónde se escondía el enemigo. ((Pág. 76)

Todo el mundo tomó asiento; hasta el mismo Barere se hizo temerario, formulando una proposición que cambiaba por completo la faz de las cosas: *Que la Convención disuelva los Doce, pero que sean atribuciones de ella las requisiciones de la fuerza armada.*



Hemos de decir aquí una palabra para que se vea de qué modo se habían infiltrado el espíritu de disputa y de polémica en la política. Protestaba de esta proposición la derecha. ¡Y esta proposición tiende á salvar á la derecha precisamente!...

La derecha tenía tal vanidad de que los Doce pertenecieran á su bando, que á todo trance quería sostener la comisión votando en contra de la proposición de Barere que autorizaba á la Convención para la recluta. Mientras disputa la derecha contra ella misma, la situación empeora notablemente. Negras nubes se ciernen por sobre la Asamblea.

La insurrección maratista trabaja en el arrabal de San Antonio, empleando el arma infame y desesperada de gritar por las calles la contrarrevolución.

Todo el arrabal estaba agitado. A las cinco de la mañana se desbordó un torrente negro por las calles de Saint-Antoine, la Greve y Saint-Honoré.

¡Espantosa situación la de la Asamblea de París! ¿Si esta no es destruída al primer golpe cómo podrá sufrir el segundo, humillada por los jacobinos, diezmada por los maratistas? ¿Cuál va á ser su suerte? Si se entrega al corazón de París, á la insurrección, el egoísmo de los agitadores populares impedirá que las masas acudan á la Convención para robustecer su autoridad.

La insurrección jacobina fué la que primero hizo su aparición. Los jacobinos que por medio de su comité de Salud pública tomaron posesión en la Comuna se personaron allí, haciéndose pasar por la Comuna misma. Lhuillier toma la palabra. Su discurso escrito era una obra de retórica petulante, sentimental y violenta. Comenzaba la virulenta acusación con una elegía: «¿Es cierto, pues, que existe un complot para aniquilar París?» ¡Cómo destruir tantas riquezas, tanto arte, las ciencias! ¡Cómo se hará desaparecer este rico depósito de conocimientos humanos!» Para salvar las ciencias y las artes acusó á Vergniaud, Isnard y los girondinos como campeones del realismo y autores de la Vendée.

El zapatero convertido en hombre de leyes del que ya nos hemos ocupado, apoyó el discurso, dejando ver á su lado un ejército de individuos armados de palos y picas. Esta masa inundó la Asamblea. Por lo mismo más parece un acto de bárbara burla que una amenaza seria y decidida, porque no invadieron la derecha aborrecida por ellos, si no la izquierda, la Montaña. Se arrojaron sobre ellos para fraternizar. Un dantonista invita al presidente para que retire á aquellos individuos de la Asamblea. Levasseur, con más presencia de espíritu, pide que la Montaña se siente en los bancos poco defendidos de la derecha, y toda la Montaña lo hace así.

Nadie, ni dantonistas, ni girondinos, ni el centro querían deliberar. Solo el grupo de robespierristas estaba resignado á sufrir la invasión popular.

Vergniaud propuso á la Convención que abandonase la sala y se pusiera bajo la protección de la fuerza armada existente en el Carrousel. El mismo abandonó su puesto. Saló, pero casi solo.

El centro quedó como clavado en los bancos. El movimiento del joven orador excitando á la Convención á que tuviera fueros y se libertara del servilismo á que se la sometía, no conmovió al centro; lo que hace es removerse la envidia de los personajes mudos del centro, como Sieyes y otros. Comprendieron que como no hay más que un paso de lo sublime á lo ridículo, lo mejor era hacer el sordo ante las palabras de Vergniaud, rechazaron el imperio moral del genio y prefirieron éste al poderío de la fuerza.

Robespierre había llegado. Por primera vez, después de la mañana, al cabo de una sesión tan larga pedía la palabra. Se sentía fuerte y teniendo á su capricho el furor de la Montaña, la brutalidad de la invasión popular y la traición del centro; el suicidio voluntario de la Asamblea.

«No he de citar tampoco los nombres de quienes no acuden á estas sesiones (en este momento entra Vergniaud). Creo que suprimir los Doce es muy poca cosa. Es necesario perseguirlos. En cuanto á que sean atribuciones de la Convención la del alistamiento, constitución de fuerza armada, no estoy conforme con la proposición. Esta fuerza armada ha de serlo indiscutiblemente contra los traidores. ¿Y quienes son si no ellos? Respecto á las demás proposiciones...»

Vergniaud: «Terminad...»

Robespierre: «Voy á terminar y contra vos. Contra vos que, después de la Revolución del 10 de Agosto quisisteis conducir al patíbulo á los autores. Contra vos, porque provocais la destrucción de París, cómplice como sois de Dumouriez.»

Su furor fué tal que no reparaba en que este torrente de invectivas podía tener un fatal resultado. Combatiendo ciegamente á un hombre que ya estaba bajo el cuchillo, era fácil que al terminar su discurso se asistiera á su ejecución.

La cosa hubiera podido efectuarse si la sala no se hubiese llenado de hombres de diversos sentimientos. Se renovaba la muchedumbre. Entre la gente nueva había caracteres risueños, alegres, cuyos ojos brillaban con vivacidad, con distinta consoladora luz.

La sombría asamblea robespierrista fué iluminada por un rayo de luz matinal.

Esta vez era el pueblo.

Contaremos esta historia.

Hemos dicho ya qué medios encontraron los honrados maratistas para que París fuera degollándose poco á poco. Denunciaron ante el arrabal de San Antonio á la sección de Butte-des-Moulins, diciendo que esta había ostentado la *escarapela blanca*, calumnia innoble y pérfida. La sección denunciada era la de los comerciantes del Palais-Royal, del



distrito de Saint-Honoré, formada de bisutereros, relojeros, quincalleros, etcétera. Fué un llamamiento al pillaje y al vandalismo.

El arrabal dubitó un momento antes de creer á los agitadores. El acta de la sección de los Quince-Vingts, aporta el siguiente testimonio á favor del pueblo: «Nosotros quisiéramos saber al menos por qué hemos de marchar contra ellos.» Sin embargo, no fué difícil engañarles por su excesiva credulidad. El arrabal descendió en masa, conmovida la gente, ardorosa, dispuesta á castigar á los realistas y á ponerlos en cintura.

La columna era formidable. El solo nombre de realismo movió como por un resorte á esta población, con la misma unanimidad que cuando los sucesos de la Bastilla. Descendieron, y al llegar al Palais-Royal ascendían á veinte mil.

Los de la Butte-des-Moulins, asustados, pero decididos, se dispusieron en el jardín en orden de batalla para vender cara su vida.

Puertas, ventanas, todo estaba absolutamente cerrado, medida de defensa peligrosa.

Toda comunicación había desaparecido. Iba á morir la gente aun sin saber donde se escondía el enemigo.

Los cañones de ambas partes estaban cargados, pero momentos antes de disparar, algunos hombres del arrabal que poseían muy buen sentido, dijeron no era lógico que se rompieran las hostilidades sin que antes se viera si efectivamente habían empleado la escarapela blanca de la monarquía.

Dijeron que querían entrar pacíficamente, franquearon las puertas y no vieron más que el gorro frigio y la bandera tricolor. De todas partes salió un estruendoso viva á la República, entregándose todos á la más cariñosa fraternidad. Se dan mutuas explicaciones, se abrazan los que pocos momentos antes se hubieran destruido. La violencia de las emociones contrarias, el paso rápido del furor á la amistad, fueron tales que muchos no pudieron soportar y sucumbieron.

Un comandante se desvaneció y cayó al suelo presa de vómitos de sangre. Por todas partes oyense vivas atronadores á la República. Era una fiesta sublime.

El Palais-Royal, galerías, jardines, las calles inmediatas, todo el distrito tomó aspecto de fiesta y se baila y se canta con entusiasmo. Puestos después en columna, los del Palais-Royal acompañan á los bravos soldados del arrabal.

En adelante unos y otros querían dar á la Convención la seguridad de la paz de las calles de París.

Uno dijo: «¡Legisladores; se quería la muerte entre las secciones y ha ocurrido lo contrario! El arrabal de San Antonio y la sección de la Butte-des-Moulins se han abrazado fraternalmente.»

Esto fué como un golpe de efecto teatral.

Todo terminó para aquel día. Nada de acusaciones, ni delaciones.

Todo lo que Robespierre obtuvo fué la supresión de los Doce, hecho consumado ya moralmente.

Barere, redactor del decreto, puso un artículo ambiguo: «Se perseguirá los complots.»

¿Cuáles? ¿Los del Obispado ó de los girondinos?

Un dantonista propuso que la Convención levantara el acto fraternizando con el pueblo; y, efectivamente unidos, los diputados y el pueblo recorrieron gran parte de París.

